

ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

DIOS CREADOR

II. SIGNIFICADO DE LOS RELATOS BÍBLICOS DE LA CREACIÓN

Dios dijo: Que las aguas pululen de seres vivos, y vuelen las aves sobre la tierra surcando el firmamento de los cielos. Y Dios creó a los grandes cetáceos y a todos los seres vivos que reptan y que pululan en las aguas según su especie, y a todas las aves aladas según su especie. Y Dios vio que era bueno. Entonces Dios los bendijo diciendo: «Creced y multiplicaos; y llenad las aguas de los mares, y que las aves se multipliquen en la tierra». Atardeció y amaneció: día quinto.

Dios dijo: «Que la tierra produzca seres vivos según su especie, ganado, reptiles y animales salvajes según su especie». Y fueron hechos. Dios hizo los animales salvajes según su especie, los ganados según su especie y todos los reptiles del campo según su especie. Y Dios vio que era bueno.

Dijo Dios: «Hagamos el hombre a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y domine sobre los peces del mar, y sobre las aves de los cielos, sobre los ganados, sobre todos los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que reptan sobre la tierra».

Y Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Y Dios los bendijo, y les dijo Dios: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, sobre las aves de los cielos y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y Dios dijo: He aquí que os he dado toda hierba portadora de semilla que hay en la superficie de la tierra, y todo árbol cuyo fruto lleva semilla; esto os servirá de alimento. A todos los animales salvajes, a todas las aves de los cielos, y a todos los reptiles de la tierra; a todo, ser vivo, doy la hierba verde como alimento». Y fue hecho. Y Dios

ESCUELA DE CATEQUISTAS

vio todo lo que había hecho y he aquí que era muy bueno. Atardeció y amaneció: día sexto.

Quedaron concluidos los cielos y la tierra y todo su ejército. Dios concluyó en el séptimo día la obra que había hecho, y descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y Dios bendijo al día séptimo y lo santificó, porque ese día descansó Dios de toda la obra que Dios hizo al crear.

Estos son los orígenes de los cielos y la tierra cuando fueron creados.

(Gn 1,20 – 2,4).

En nuestra primera aproximación a la fe en la creación, enseñada por la Biblia y por la Iglesia, nos han quedado claras sobre todo dos cosas:

La primera podemos resumirla así: como cristianos leemos la Sagrada Escritura con Cristo. Él es nuestro guía través de ella. Él nos enseña fielmente lo que es la imagen y dónde radica el auténtico y permanente contenido del mensaje bíblico. Al mismo tiempo nos libera de una falsa esclavitud de la literalidad del texto y es garantía de la verdad firme y realista de la Biblia que no se disuelve en una nebulosa de sentimientos piadosos sino que permanece como un claro y sólido cimiento sobre el que podemos afirmarnos.

La segunda es que la fe en la creación es algo racional; y aunque la razón por sí sola no pueda quizás afirmar lo mismo que afirma la fe, sin embargo, reclama y encuentra en los contenidos de la fe en Dios Creador la respuesta que busca, la respuesta que espera. [Ej.: “el hombre es imagen de Dios”. Seguramente la razón por sí sola no puede llegar a afirmar tal cosa. Pero cuando la razón indaga sobre el hombre y reconoce que el hombre es un misterio para sí mismo y luego escucha el mensaje de la fe que le dice que el hombre es “imagen de Dios”, puede descubrir que esa afirmación de la fe le ayuda a comprender mejor lo que ella ve al contemplar el misterio que es el hombre pero que no puede explicar].

1. LA RACIONALIDAD DE LA FE EN LA CREACIÓN

Debemos profundizar este aspecto [el que la fe en la creación sea racional] en dos direcciones.

En primer lugar, se trata del simple “hecho” o “dato” de la creación, que reclama un fundamento [Tenemos algo delante de los ojos, algo enorme y bello, una realidad admirable de la que formamos parte y es justo preguntarse: ¿dónde está su fundamento?

¿dónde está su principio?]. [Todo esto que existe ante nuestros ojos y lo que se extiende más allá de nuestra mirada] Remite a aquella fuerza que existía al principio y podía decir: «¡Hágase!»

En el siglo XIX esto se entendía de otra manera. La ciencia estaba marcada por las dos grandes teorías de la conservación, la conservación de la materia y la de la energía. El universo entero aparecía así como un cosmos eterno, estable y regido por las leyes perpetuas de la naturaleza, que procede de sí mismo y en sí mismo existe y que no necesita nada externo. Estaba ahí como un todo, razón por la cual Laplace¹ pudo decir: «Ya no necesito más la hipótesis de Dios».

Pero entonces surgieron nuevos conocimientos. Se descubrió la teoría de la entropía que sostiene que la energía se consume llegando a un estado a partir del cual ya no puede volver a ser transformada. Esto significa que el universo sigue un curso de desarrollo y extinción. La temporalidad está inscrita en el universo.

Apareció luego la teoría de la transformación de la materia en energía que modificaba las dos teorías de la conservación. También surgió la teoría de la relatividad y aún se fueron incorporando otros conocimientos que venían a demostrar que el universo, en cierto modo, contenía en sí su propio reloj [su propia programación, sus horas marcadas], que nos permiten reconocer un principio y un fin, un camino desde el principio hasta el final. Aun en el caso de que las épocas se extendieran inconmensurablemente, aun entonces, a través incluso de la oscuridad de miles de millones de años, en ese conocimiento de la temporalidad de lo que existe se hace evidente de nuevo aquel momento que se llama en la Biblia «el principio»², el comienzo que remite a Aquel que tenía poder para crear lo que existe y para decir «¡hágase!». Y «fue hecho»³.

[Este es el primer sentido en el que podemos afirmar con toda rotundidad que la fe en Dios creador es racional].

Una segunda consideración es la que se refiere no ya al puro dato de la existencia de todo esto que está ante nosotros, sino al diseño, por así decir, del universo; al modelo conforme al cual este se ha construido. Pues de aquel «¡Hágase!» no se originó una masa caótica. Cuanto más sabemos del universo más nos sale al paso, procedente de él, una razón, cuyos caminos solo con admiración podemos considerar. A través de ellos de nuevo contemplamos aquel Espíritu Creador al que también se debe nuestra propia

¹ Pierre-Simon Laplace: matemático, físico y astrónomo francés, n. 1749, +1827 (nota del editor).

² Cf. Gn 1,1; Jn 1,1: «En el principio...» (nota del editor).

³ Cf. Gn 1,3 ss. (nota del editor).

⁴ A. EINSTEIN, *Mein Eltbild*, edición de C. SEELIG (Stuttgart-Zürich-Wien, 1953) Cf. mi *Einführung in das Christetum* (München, 1968): «En el principio...» (nota del editor).

⁵ Cf. GONOD, *Zur Natur und Notwendigkeit*, *Philosophische Fragen der modernen Biologie* (München, 1973), 171 y 149.

razón.

Albert Einstein dijo una vez que en las leyes de la naturaleza «se manifiesta una razón tan formidable que, frente a ella, cualquier ingenio del pensamiento o de la organización humana no es más que un pálido reflejo»⁴. Sabemos cómo en lo más grande, en el mundo de los astros, se manifiesta una poderosa razón que mantiene el universo unido y ordenado. Pero cada vez más aprendemos también a observar lo más pequeño, las células, las unidades originarias de la vida; en ellas descubrimos igualmente una racionalidad que nos asombra, hasta tal punto que debemos decir con san Buenaventura: «Quien aquí no ve, es ciego. Quien aquí no oye, está sordo y quien aquí no empieza a ensalzar y a adorar al Espíritu Creador, es que está mudo».

Jacques Monod, que rechazaba todo tipo de creencia en Dios como no científica y reconducía el universo entero a la combinación del azar y la necesidad, cuenta en su obra, en la que intenta resumidamente exponer y fundamentar su visión del universo, que después de sus conferencias, luego convertidas en libro, François Mauriac había dicho: «lo que este profesor nos quiere demostrar es aún más increíble que aquello que nosotros, pobres cristianos, creemos»⁵. Monod no lo niega. Su tesis sostiene que todo el concierto de la naturaleza es un producto de errores y disonancias y no puede menos que decirse a sí mismo que tal concepción es realmente absurda. Pero el método científico – eso dice él– nos obliga a no admitir ninguna pregunta cuya respuesta tenga que ser la palabra «Dios». Solo se puede añadir: ¡Qué método tan pobre!

A través de la razón de la creación Dios mismo nos contempla. La física y la biología, las ciencias de la naturaleza en su conjunto, nos han proporcionado un relato de la creación nuevo e inaudito, con imágenes nuevas grandiosas, que nos permiten reconocer el rostro del Creador y nos hacen de nuevo saber: Sí, en el primer comienzo y en el fundamento de todo ser está el Espíritu Creador. El universo no es producto de la oscuridad ni de la sinrazón. Procede del entendimiento, procede de la libertad, procede de una belleza que es amor. Reconocer esto [cuando contemplamos el universo a la luz de los datos que nos da la ciencia] nos da el valor necesario para vivir; nos fortalece para sobrellevar sin miedo la aventura de la vida. [La vida del hombre tiene que ser buena, tiene que tener sentido. Si todo lo que vemos tiene orden, sentido y belleza, también nuestra vida debe participar de estas características. Sería absurdo pensar que en medio de un universo tan enorme, que tanto nos supera, y que es una manifestación asombrosa de belleza, de inteligencia y de orden, nosotros fuésemos lo único que no funciona].

[Por tanto, considerar, en un primer momento, el hecho mismo de la existencia del

⁴ A. EINSTEIN, *Mein Eltbild*, edición de C. SEELIG (Stuttgart-Zürich-Wien, 1953) Cf. mi *Einführung in das Christetum* (München, 1968), 116.

⁵ J. MONOD, *Zufall und Notwendigkeit, Philosophische Fragen der modernen Biologie* (München, 1973), 171 y 149.

universo, nos hace entender que la afirmación de la fe en Dios creador que dice que él dio inicio a todo es racional. Y al considerar, en un segundo momento, el cómo es este universo, la razón que descubrimos en él, el orden y la belleza del macrocosmos y del microcosmos, volvemos a confirmar que nuestra fe es racional: el universo procede de la Razón, de la Libertad, de una belleza que es amor: «En el principio existía la Palabra (el Logos) y la Palabra existía junto a Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios. Todo se hizo por ella, y sin ella no se hizo nada de cuanto existe» (Jn 1,1-3)].

2. SIGNIFICADO PERMANENTE DE LOS ELEMENTOS SIMBÓLICOS DEL TEXTO DE LA CREACIÓN.

Estas dos consideraciones, con las que hemos profundizado en los aspectos fundamentales de la primera meditación, nos permiten avanzar un paso más. Hasta ahora se nos ha puesto de manifiesto que los relatos bíblicos de la creación adoptan un modo de hablar de la realidad distinto del que adoptan la física y la biología. Los relatos bíblicos no describen el proceso de la evolución ni la estructura matemática de la materia, sino que expresan de muchas maneras lo siguiente: que solo existe un Dios y que el mundo no es el producto de la lucha o del choque de fuerzas oscuras, sino la creación de su Palabra.

Pero esto no significa que las frases particulares del texto bíblico se queden ahora carentes de sentido y que solo permanezca válido, por así decir, este desnudo extracto. También cada una de las afirmaciones del texto es expresión de la verdad, aunque de un modo ciertamente distinto del empleado en la física y en la biología. Expresan una verdad de forma simbólica, de la misma forma que una vidriera gótica, por ejemplo, nos permite reconocer algo más profundo mediante el juego de sus trazados y sus luces.

Me limitaré a señalar dos elementos: **[el lenguaje de los números y la relación entre el relato de la creación y el culto]**.

1. El primero es que el relato bíblico de la creación está marcado por una serie de números que no reproducen la estructura matemática del universo, sino en cierto modo la trama interna de su tejido, la idea según la cual ha sido concebido. Dominan en él las cifras tres, cuatro, siete y diez.

Diez veces se dice en el relato: «Dijo Dios». En estas diez ocasiones la historia de la creación anticipa los diez mandamientos. Nos permite reconocer que en cierta manera estos diez mandamientos son un eco de la creación; no arbitrarios inventos con los cuales se han levantado vallas a la libertad del hombre, sino introducción en el espíritu, en el lenguaje y en el significado de la creación; son lenguaje traducido del universo, lógica traducida de Dios, la lógica con la que construyó el universo.

Pero el número que domina todo el relato es el siete. El esquema de los siete días le da al conjunto una forma característica. El siete es el número de una fase de la luna⁶; así, por medio de este relato, se nos dice que el ritmo de nuestro astro vecino nos muestra también el ritmo de la vida humana [el de los siete días de la semana]. Se nos hace perceptible que nosotros, los hombres, no estamos reducidos a nuestro pequeño “yo”, sino que estamos inmersos en el ritmo del cosmos; que, en cierta manera, podemos aprender del cielo el ritmo, el movimiento de nuestra propia vida, permitiendo que nos adentremos en la razón del cosmos. En la Biblia este pensamiento encontrará un desarrollo posterior, en la afirmación de que el ritmo de los astros es expresión más profunda del ritmo del corazón, del ritmo del Amor de Dios que en él se manifiesta⁷.

[“L’amor che move il sole e l’altre selle”, DANTE, Divina Comedia, Paradiso XXXIII,145]

2. [Vamos con el segundo elemento que nos proponíamos subrayar: la creación y el culto. Siguiendo el significado que el texto del Génesis da al número “siete”] Llegamos al segundo elemento simbólico del relato de la creación sobre el cual me gustaría decir algo. Pues no es que meramente nos encontremos con el ritmo del siete y su significado cósmico; es que este ritmo se encuentra al servicio de un mensaje más hondo: la creación está dirigida hacia el *Sabbat* [que es el séptimo día en la Biblia, el día del descanso de Dios], el sábado, que es el signo de la alianza entre Dios y el hombre. [En medio del tiempo cotidiano del hombre, del devenir de sus días y de sus quehaceres, el *Sabbat* marca el tiempo de la alianza entre Dios y el hombre].

Tenemos que reflexionar con más exactitud sobre este punto. Por el momento, podemos deducir de aquí lo siguiente: la creación se ha construido de modo que conduzca a la adoración. La creación se ha hecho con el fin de ser un espacio de adoración. Lo creado llega a su cumplimiento, llega a ser aquello para lo que fue creado, si es vivido siempre en orden a la adoración. Lo creado existe para que lleguemos a adorar a Dios.

«*Operi Dei nihil praeponatur*», dijo en su Regla san Benito: «Nada debe anteponerse al servicio de Dios». Esto no es expresión de una exaltada piedad, sino pura y auténtica traducción del relato de la creación, de su mensaje para nuestra vida. El verdadero centro, la fuerza que ha dado origen y gobierna el ritmo de los astros y nuestra propia vida en su interior, es la adoración. Por eso el ritmo de nuestra vida palpita correctamente cuando ha quedado impregnado por la adoración.

⁶ Es decir, el número de días que llevan de la luna nueva al cuarto creciente, de ésta a la luna llena, luego al cuarto menguante y, otra vez, a la luna nueva; lo que está en el origen de la semana de siete días. (Nota del editor).

⁷ Para la interpretación del relato del Génesis, además del fundamental Comentario, antes mencionado, de CL. WESTERMANN se aconseja muy especialmente la consulta de G. VON RAD, *Das erste Buch Mose* (ATD 2-4. Göttingen, 1964) y también J. SCHARBERT, *Genesis 1-11* (Würzburg, 1983).

En última instancia, esto es algo conocido por todos los pueblos. En todas las culturas los relatos de la creación han surgido para expresar que el universo existe para llevar al culto y a la glorificación de Dios. Esta coincidencia de las culturas en las cuestiones más profundas de la humanidad es algo muy valioso. En mis conversaciones con obispos africanos y asiáticos, especialmente también en los Sínodos de Obispos, se me hace evidente, como algo siempre nuevo y a menudo sorprendente, la profunda concordancia existente entre la creencia bíblica y las grandes tradiciones de los pueblos. En ellas ha permanecido un saber originario del hombre, una certeza que en el fondo está orientada hacia Cristo.

Nuestro peligro hoy, en las civilizaciones técnicas, consiste precisamente en que nos hemos separado de este saber originario. La soberbia pedantería de un malentendido espíritu científico nos impide escuchar el mandato de la creación [la dirección que nos indica el mundo en el que vivimos y del que somos parte, que precede a nuestra existencia individual y continuará después de nosotros]. Existe un saber originario común que indica el camino y une a las grandes culturas.

Bien es verdad que, para ser honrados, debemos añadir: este saber ha sido deformado una y otra vez. Las religiones del mundo conocen esta gran verdad de que el mundo existe para la adoración, pero esta verdad queda desfigurada muchas veces por la idea de que con la adoración el hombre les da a los dioses algo que ellos necesitan.

Es como si se pensase que la divinidad tuviera necesidad de este servicio por parte del hombre y que así sea el culto otorgado por el hombre el que sostenga universo. Esta idea deja abierta la puerta a que el hombre se imagine que puede especular con su poder. El hombre llega a decirse: los dioses me necesitan, por lo tanto también yo puedo ejercer mi presión sobre ellos y, en caso de necesidad, pedirles algo a cambio, chantajearlos. La pura relación amorosa, que debería ser siempre la adoración, se corrompe y se transforma en este intento de chantaje y de hacerse dueños del mundo. Así, el culto termina por falsificar la verdad del mundo y del hombre.

Por consiguiente, la Biblia ciertamente pudo hacer suyo la idea básica de la disposición del universo para la adoración, pero al mismo tiempo tuvo que purificarla.

La idea de que el mundo existe para la adoración la expresa la Biblia justamente con la imagen del *Sabbat*. La Biblia dice: la creación está estructurada de acuerdo con el orden del *Sabbat*. Pero a su vez, el *Sabbat* es el resumen de la Torá, la ley de Israel [una ley moral]. Lo cual significa: la adoración contiene en sí misma una forma moral, la adoración lleva inscrita en sí misma la ley divina, la ley moral dada por Dios. Solo así es verdadera adoración.

Una cosa más que añadir: la Torá, la ley, es expresión de la historia que Israel vive con Dios, es expresión de la alianza; y la alianza es expresión del Amor de Dios, de su sí al hombre que ha creado para amar y ser amado.

Ahora podemos apreciar mejor este pensamiento [la verdad que el relato del Génesis expresa con su ordenación al sábado]. Podemos decir: Dios ha creado el universo para entablar con los hombres una historia de amor. Lo ha creado para que haya amor. Tras esto surgen unas palabras de Israel que nos llevan directamente al Nuevo Testamento. A propósito de la Torá, que hace concreto el misterio de la alianza, de la historia de amor de Dios con los hombres, se ha dicho en escritos judíos: Ella existía al principio, estaba con Dios, a través de ella ha llegado a ser todo lo que existe. Era la luz y la vida de los hombres.

San Juan necesitaba simplemente volver a tomar estas fórmulas refiriéndolas al que es la palabra viva de Dios para decir: «Todo se hizo por ella» (Jn 1,3). Ya antes Pablo había dicho: «En él fueron creadas todas las cosas» (Col 1,16; cf. Col 1,15-23). Dios ha creado el universo para poder hacerse hombre y derramar su amor, para volcarlo también hacia nosotros e invitarnos a corresponderle.

3. Podemos ahora avanzar un poco más, dar un tercer paso, y entender la estructura sabática de la Creación⁸. Preguntémonos a qué nos lleva todo esto.

En el relato de la Creación, el *Sabbat*, el sábado, aparece descrito como el día en el que el hombre, libre [de trabajos] para que pueda adorar, participa de la libertad de Dios, de su descanso, y así también de la paz de Dios. Celebrar el *Sabbat* significa celebrar la alianza, volver al origen, limpiar todo de las impurezas que nuestro actuar ha introducido.

Al mismo tiempo, el sábado significa anticipar un mundo nuevo en el que ya no habrá esclavos y señores, sino hijos libres de Dios, anticipar [en el hoy] un mundo en el que el hombre, el animal y la tierra participarán todos juntos fraternalmente de la paz de Dios y de su libertad.

A partir de este pensamiento se ha desarrollado la legislación social mosaica. Se funda en el hecho de que el sábado produce la igualdad de todos los hombres. Esto se ha desarrollado más allá del día sabático semanal: según la ley mosaica cada siete años hay un año sabático en el que la tierra y el hombre pueden descansar. Además, cada cuarenta y nueve años (= 7 x 7) se sitúa el gran año sabático, en el que se perdonan todas las deudas y se anulan todas las compras y ventas [de modo que la tierra vuelve a su repartición original]. Cada uno se encuentra así ante un renovado comienzo en el que el mundo se recibe otra vez de las manos creadoras de Dios.

Desgraciadamente, este ordenamiento social de la ley mosaica nunca fue llevado a la práctica; sin embargo, la importancia de esta ley del descanso sabático se expresa muy bien en una breve indicación del *Libro de las Crónicas*. Ya en la primera meditación me he referido a cómo Israel había sufrido en el exilio, durante el cual Dios, en cierto modo,

⁸ Respecto a este tema es importante K.-H. SCHWARTE, *Die Vorgeschichte der augustinischen Wertarleiterlehre* (Bonn, 1969) especialmente págs. 220-256.

había renegado de sí mismo y se había expropiado a sí mismo su tierra, su templo y su culto. La reflexión sobre este hecho que tanto conmocionó a los judíos continuó incluso después de terminada la deportación: ¿Cómo ha podido Dios hacernos esto? ¿Por qué este castigo desmedido con el que Dios en cierto modo se castigaba a sí mismo? Naturalmente, ninguno podía entonces presagiar hasta qué punto Dios cargaría en la cruz con todo castigo y cómo, en su historia de amor con el hombre, se dejaría herir. Entonces, ¿cómo pudo permitir el exilio y todo lo que supuso? El *Libro de las Crónicas* responde: los muchísimos pecados cometidos, contra los que clamaron los profetas, no podían ser en el fondo motivo suficiente para un castigo tan desmedido. La razón debe ser algo aún más profundo, algo que esté más en la raíz. El *Libro de las Crónicas* describe así esta causa más profunda del exilio: «Hasta que el país haya pagado todos los sábados [los que no respetó], descansará todos los días de la desolación, hasta que se cumplan los setenta años» (2 Cro 36,21).

Esto es: el hombre ha rechazado el descanso de Dios, el reposo ante él, la adoración y la consecuente paz y su libertad, cayendo de este modo en la esclavitud de su quehacer. Ha cargado al mundo con la esclavitud de su activismo y con ello se ha esclavizado a sí mismo. Por eso Dios se ha visto obligado a imponerle el *Sabbat* que había ya rechazado. Con su negación del ritmo de la libertad y del reposo ante Dios, el hombre se ha alejado de su propia semejanza con Dios y ha pisoteado la creación. Por eso debía ser arrancado de la obstinación en su propio obrar por la fuerza, por eso Dios debía devolverle a su más auténtica realidad, liberarlo del dominio de sus obras. «*Operi Dei nihil praeponatur*», «no anteponer nada al servicio de Dios»: lo primero es la adoración, la libertad y la paz de Dios. Así y solo así puede el hombre vivir de verdad.

4. ¿Explotación de la tierra?

Llegamos así a la última consideración. Hay una palabra del relato de la Creación que necesita una interpretación especial. Me estoy refiriendo al conocido versículo 28 del primer capítulo, al dictado de Dios a los hombres: «¡Someted la tierra!». Hace tiempo que esta frase ha venido siendo utilizada como punto de partida para atacar al cristianismo. Como consecuencia despiadada de esta frase se desvirtúa al cristianismo mismo considerándolo el único culpable de la miseria de nuestros días. El «Club de Roma», que hace ya diez años con su toque de alarma acerca de los límites del desarrollo sacudió hasta los cimientos la creencia en el progreso de la época de la postguerra, ha entendido su crítica a la civilización, crítica que se ha ido convirtiendo cada vez más en una corriente cultural, también como una crítica al cristianismo que estaría en la raíz de esta civilización de la explotación: el mandato dado a los hombres de someter la tierra habría abierto aquel funesto camino cuyo amargo final ahora se perfila.

En la misma línea de pensamiento, un escritor de Múnich, habló de «las funestas consecuencias del cristianismo», una expresión repetida desde entonces con gusto. Aquello que antes habíamos elogiado: el hecho de un mundo que ya no es considerado como algo divino, un mundo que la fe en la creación ha mostrado como racional; el hecho de que el sol, la luna y las estrellas no se consideren ya grandes y pavorosas divinidades, sino simples luminarias; el hecho de que los animales y las plantas hayan sido privados de su carácter mítico, todo esto se convierte ahora en motivo de acusación contra el cristianismo.

El cristianismo sería el que habría degradado a los grandes poderes hermanos del universo al rango de simples objetos de uso de los hombres, provocando con esto su abusiva explotación del mundo, de las plantas y los animales, desarrollando una ideología del progreso que solo piensa en sí misma y solo se estima a sí misma.

¿Qué decir de todo esto?

El mandato del Creador al hombre quiere decir que este debe cuidar el universo como creación de Dios, de acuerdo con el ritmo y la lógica de la creación. El significado del mandato se describe en el capítulo siguiente del *Génesis* con las palabras «labrar y cuidar» (Gn 2, 15). Eso nos introduce, por lo tanto, en el lenguaje de la creación misma; significa que le ha sido dada para aquello de lo que ella es capaz y a lo que ha sido llamada, pero no le ha sido dada llevarla más allá de su límite y destruirla. La fe bíblica incluye la certeza de que el hombre no es un ser cerrado sobre sí e independiente de todo; ha de tener presente que se encuentra dentro del gran cuerpo de la historia, que debe finalmente convertirse en Cuerpo de Cristo. Pasado, presente y futuro deben encontrarse y compenetrarse en la vida de cada hombre. Nuestro tiempo ha caído en el tormento narcisista que corta los puentes por igual con el pasado y con el futuro; solo le importa el presente.

Pero entonces, con mayor razón, tenemos que preguntarnos cómo se ha llegado a esta exasperada y sedienta mentalidad del activismo y de dominio que hoy nos amenaza a todos.

Un primer indicio de esta nueva mentalidad aparece ya en el Renacimiento, por ejemplo, en Galileo, cuando afirma: En el caso de que la naturaleza no responda a nuestras preguntas ni nos desvele sus secretos, la someteremos a tortura y con un doloroso interrogatorio le arrancaremos las repuestas que no nos da por propia voluntad.

La construcción de los instrumentos de la ciencia es para él semejante a la preparación de los instrumentos de tortura, con los que el hombre, como señor absoluto, trata de arrancar la respuesta que quiere de su acusado.

Esta nueva mentalidad ha ido adquiriendo con el paso del tiempo formas concretas y eficaces, sobre todo con Karl Marx. Él fue el que le dijo al hombre que no debía

preguntarse más por su origen ni por su procedencia, pues se trataba de una pregunta carente de sentido [¿qué más nos da el origen? Viene a decir].

Marx pretende eliminar la pregunta de la razón sobre el por qué existe el mundo y por qué es así, es decir, sobre el principio de su existencia y de su diseño –de lo que hemos hablado al comienzo–. Quiere eliminar esta pregunta de la razón porque el universo con su intrínseca racionalidad es el mensaje más potente e invencible del Creador, del que nunca podemos emanciparnos. Puesto que, al final, la pregunta sobre la creación no puede contestarse más que como procedente del Espíritu Creador, por eso la pregunta es declarada como absurda y carente de interés. Lo que cuenta no es la “creación creada”, lo que cuenta es la creación que debe hacer el hombre, lo que él puede hacer de útil. Por tanto, el deber fundamental del hombre [según esta nueva forma de acercarse al mundo] es la transformación del mundo, la única verdad es el progreso, el desarrollo. Y las cosas son el material con el que el hombre ha de fabricar un mundo en el que valga la pena vivir⁹.

Ernst Bloch ha reforzado estos pensamientos de una manera verdaderamente inquietante. La verdad, ha dicho, no es lo que nosotros reconocemos, la verdad está únicamente en la transformación. Verdad es, según esto, lo que se impone [con nuestra fuerza de transformación] y el mundo sería solo «una invitación a la acción, una incitación para el ataque»¹⁰. La transformación, el cambio [esta nueva verdad] necesita un «polo concreto de odio»¹¹ en el que encontrar el ímpetu necesario para la transformación. De este modo para Bloch lo bello no es el resplandor de la verdad de las cosas, sino el preludio del futuro hacia el que nos dirigimos y que nosotros mismos hacemos. Por eso, dice, la catedral del futuro será el laboratorio, y las centrales eléctricas serán sus grandes iglesias góticas. Entonces –según él– ya no será necesaria la distinción entre domingo y día laborable; ya no hará falta ningún sábado, porque el hombre es en todo su propio creador. Entonces ya no tendrá tampoco que violentarse para dominar y configurar la naturaleza, porque concebirá que la transformación es la naturaleza¹².

Aquí está formulado, con una claridad que no encontramos otras veces, el tormento de nuestro tiempo. Antes, el hombre podía transformar tan solo ciertas cosas concretas en la naturaleza. La naturaleza como tal no era el objeto de su actuación, sino la condición

⁹ Aquí cf. mi breve estudio: *Kosequenzen des Schöpfungsglaubens* (Salzburg, 1980).

¹⁰ Las citas siguientes están tomadas del libro de F. HARTL, *Der Begriff des Schöpferischen. Deutungsversuche der Dialektik durch Ernst Bloch und Franz von Baader* (Frankfurt, 1979); cf. aquí págs. 74-80; en *Prinzip Hoffnung* (Obras completas, tomo 5, Frankfurt, 1959) 319.

¹¹ «Si no se comparte el amor, con un polo de odio tan concreto, no existe amor auténtico; sin el partidismo del criterio revolucionario clasista, solo existe idealismo hacia atrás, en lugar de una praxis hacia adelante», *Prinzip Hoffnung*, 318; HARTL, 80.

¹² MARKUSKIRCHEN y Centrales eléctricas: *Prinzip Hoffnung*, 928 ss.; renuncia al domingo y días festivos, en el mismo lugar, pág. 1071 ss.; Cf. HARTL, 109-146, especialmente 130 y 142. Para estas mismas cuestiones del pensamiento marxista, se encuentra material interesante en J. PIEPER, *Zustimmung zur Welt. Eine theorie des Festes* (München, 1964) 133ss.

previa que le permitía “hacer”. Ahora, sin embargo, toda la naturaleza ha sido puesta en sus manos como un objeto; pero justamente así el hombre se ve, de repente, expuesto a la más grave amenaza sobre su existencia.

El punto de partida de esta situación se encuentra en aquella concepción que contempla la creación como producto únicamente del azar y de la necesidad, que no obedece a ninguna razón y que no nos ofrece ninguna orientación. Ha enmudecido aquel ritmo interior del mundo del que nos habla el relato de la Sagrada Escritura, el ritmo de la adoración, que es el ritmo de la historia de amor de Dios con los hombres.

Bien es verdad que hoy percibimos visiblemente los horribles resultados de tal enfoque. Sentimos una amenaza que no afecta a un futuro lejano, sino a nosotros mismos, a nuestro presente. La humildad de la fe desapareció; el orgullo del hacer ha fracasado; y así va tomando fuerza un nuevo enfoque, no menos nocivo, que ve al hombre como el horror que todo lo destroza, el verdadero parásito y la verdadera enfermedad de la naturaleza. El hombre se desprecia y preferiría desaparecer para que la naturaleza vuelva a sanar. Pero así tampoco recuperamos el mundo, porque contradecemos al Creador cuando ya no queremos al hombre como Él lo ha querido. Con esto no sanamos la naturaleza, por el contrario: nos destruimos a nosotros mismos y con nosotros a la creación. Le arrebatamos la esperanza que existe en ella y la grandiosidad a la que está llamada.

De modo que el camino cristiano permanece como el único que verdaderamente salva. Propio del camino cristiano es el convencimiento de que nosotros solo podemos ser verdaderamente «creativos» si lo somos en unión con el Creador del universo. Solo podemos servir verdaderamente a la tierra cuando la tomamos siguiendo la instrucción de la Palabra de Dios. Y entonces podemos perfeccionar y hacer avanzar al mundo y a nosotros mismos.

«Operi Dei nihil praeponatur» –Nada se anteponga al servicio de Dios–; al servicio de Dios nada debe anteponerse. Esta frase es la auténtica ley de la conservación de la creación frente a la falsa adoración del progreso, que pisotea al mundo y al hombre; y frente a la blasfemia según la cual el hombre es el verdadero cáncer de la creación. Solo el Creador es el verdadero Redentor del hombre, y solo si nos confiamos al Creador estamos en el camino de la salvación del universo, del hombre y de las cosas.

Amén.